

## *El mundo privado de los curas y párrocos en el tránsito del siglo XIX al XX. Arzobispado de Santiago de Chile*

*Cristián Leal Pino \**

### **1. - Presentación**

El interés por el devenir histórico de la Iglesia Católica en Chile no sólo ha contado con distintos cultores, sino que también, y con el tiempo, los enfoques y métodos de investigación han ido cambiando. Historiadores civiles y eclesiásticos se han esforzado por señalar la presencia de la Iglesia Católica chilena, aunque no todos con la misma intención y rigurosidad histórica<sup>1</sup>.

Según una revisión temática realizada por el profesor e historiador Marciano Barrios, la liturgia, las devociones populares de las zonas urbanas, el influjo del jansenismo y del romanticismo francés en la religiosidad del pueblo chileno, la moralidad de los grupos sociales, la catequesis durante el siglo diecinueve y veinte, las asociaciones laicas y la vida religiosa de las parroquias alejadas de la capital han quedado marginadas del interés de los historiadores<sup>2</sup>.

Tomando como punto de referencia esta revisión temática, es que nos hemos ocupado de analizar el mundo de las parroquias y muy especialmente el de los curas y párrocos que tenían por misión llevar a cabo toda una labor evangelizadora. Sobre el particular existen trabajos<sup>3</sup>, especialmente del género biográfico, sin embargo, el nuestro pretende escapar

\* Profesor de Historia de Chile Contemporáneo, Departamento de Ciencias Sociales. Universidad del Bío-Bío. E-mail: cristian\_leal@terra.com

1 Entre los trabajos que presentan una visión general de la presencia de la Iglesia y con un importante grado de rigurosidad histórica están por ejemplo: FERNANDO ALIAGA, *Historia de la Iglesia en Chile. Contexto histórico*, Ediciones Paulinas, Santiago, 1984. FIDEL ARANEDA, *Historia de la Iglesia en Chile*, Ediciones Paulinas, Santiago, 1986, MARCIANO BARRIOS, *Historia de la Iglesia en Chile. Sinopsis histórica*, Hachette, Santiago, 1987.

2 BARRIOS, MARCIANO. *Pensamiento teológico en Chile*. Anales de la Facultad de Teología, vol. XL, 1989, cuaderno N° 2, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1990, p. 10.

3 En este sentido podemos mencionar las obras de H. R. GUIÑAZÚ, *Los frailes en Chile a través de los siglos*, Santiago, 1909. De DOMINGO CRUZ, *El Ilustrísimo señor Don José Hipólito Salas, obispo de Concepción*,

a esta tradicional forma de presentar la participación del clero diocesano en la sociedad, la cual ha terminado haciendo una verdadera apología del protagonista. No sólo deseamos marcar la diferencia desde un punto de vista metodológico, sino que también desde las fuentes exhumadas. Buscamos considerar al sacerdote en su doble dimensión: hombre y cura. Más allá de su “reducto” iglesia de cuatro paredes, en el contacto cotidiano con su feligresía, queremos observarlo en su ámbito íntimo y privado, en el de sus inclinaciones y sentimientos. Queremos saber de las soluciones prácticas y concretas que adoptó el sacerdote en la administración de su parroquia y los problemas personales que tuvo con sus pares en su cotidiano ejercicio.

Pretendemos mostrar la labor de un conjunto de sacerdotes, curas y párrocos, que durante el tránsito del siglo XIX al XX, cumplieron en el Arzobispado de Santiago<sup>4</sup> una importante labor en bien de la Iglesia Católica, la que tuvo distintos matices. En concreto proponemos que respecto a las valoraciones negativas del clero chileno, en el sentido de mostrar una preocupación central por necesidades materiales que le eximen de su responsabilidad social, nuestra hipótesis de trabajo es que, desde una perspectiva histórica, debiera conjugarse los diferentes ámbitos en que se desenvuelve su vida real y espiritual, a objeto de comprender y valorar con mayor precisión y menos prejuicio el papel que los sacerdotes cumplen en una sociedad determinada y las explicaciones de las causas que ameritan sus acciones, motivaciones y comportamientos. Para el periodo en estudio, pensamos, precisamente, que a pesar del peso e influencia de las realidades materiales, y los conflictos personales suscitados, el grueso del clero jugó un rol social muy importante; ilustrando, como otros sectores de la población, situaciones globales y particulares de una época de profunda crisis.

Respecto a las fuentes utilizadas en el estudio cabe mencionar dos tipos de documentación manuscrita e inédita, que se encuentran en el Archivo del Arzobispado de Santiago de Chile. La primera, corresponde a un millar de *Cartas personales*, que en cuatro volúmenes se localizan en dicho archivo signadas con las letras A-D, E-LL, M-R, S-Z, que

1812-1883, Imprenta Cervantes, Santiago, 1921. Los trabajos de FIDEL ARANEDA titulados: *Hombres de relieve de la Iglesia chilena*, Imprenta El Esfuerzo, Santiago, 1946; *El clero en la Emancipación de Chile*, Editorial Zig-Zag, 1956; *El clero de Chile en la Guerra del Pacífico*, Editorial Zig-Zag, 1960; *El obispo José Hipólito Salas*, Santiago, 1963. De CARLOS FERNÁNDEZ, *Don Blas Cañas, el Vicente de Paul chileno*. Imprenta Chile, 1936. De ALEJANDRO HUNEEUS, *Perfiles sacerdotales de Chile*, Imprenta San José, Santiago, 1968. De ALEJANDRO MAGNET, *El Padre Hurtado*. Editorial Los Andes, 1990. De HUMBERTO MUÑOZ, *Memorias de un cura de campo*, Ediciones Paulinas, Santiago, 1967. De OMEGNA DELIA, *El cura Gómez*, Santiago, 1939. De ANTONIO REHBEIN, *El clero diocesano y su presencia evangelizadora en Chile durante el siglo XIX*, AHICH, vol. N° 8, Santiago, 1990.

4 Los límites territoriales del Arzobispado de Santiago de Chile hacia fines del siglo XIX eran: al norte, con el Obispado de La Serena; al sur, con el Obispado de Concepción; al este, con el Obispado de San Juan; al oeste, con el Océano Pacífico. Dicho Arzobispado tenía bajo su jurisdicción las dos islas de Juan Fernández: Más a Tierra y Más Afuera. La superficie alcanzaba los 67.388 kilómetros, con 87 parroquias activas. Su población ascendía, según el censo de 1895 a 1.259.250 habitantes. La división geopolítica del Arzobispado comprendía siete provincias: la de Santiago, O'Higgins, Valparaíso, Aconcagua, Colchagua, Curicó y Talca. *En Catálogo de Ambos Cleros del Arzobispado de Santiago, 1901-1905*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1900. Ver primera parte.

comprenden el período 1850-1920, concentrándose el 80 por ciento de ellas entre 1880-1920. La correspondencia procede en su inmensa mayoría de la Diócesis de Santiago, especialmente de las provincias de Santiago, Aconcagua, Valparaíso, Curicó y Talca<sup>5</sup>. Una segunda fuente manuscrita inédita correspondió a los *Informes de parroquias*, de los obispados de Valparaíso, San Felipe y Talca, legajo 89, números 44, 45, 47, y los legajos 37, 39, 40, 42, 56, 60 y 88 del Archivo de la Secretaría Arzobispal de Santiago. La finalidad de dichos Informes era interiorizar al prelado de su vida apostólica y personal en la parroquia.

Dentro de las fuentes impresas destacan el *Catálogo de ambos cleros, casas religiosas, iglesias y capillas del Arzobispado de Santiago de Chile, 1880-1922*. *El Boletín eclesiástico de edictos, estatutos y decretos del Arzobispado de Santiago de Chile, 1880-1925*, *La Provincia Eclesiástica Chilena, 1895*. *El Diccionario biográfico del clero secular chileno, Santiago, 1922*. *El Sínodo diocesano del Arzobispo Casanova, 1896*. *La Revista Católica: 1843-1874; 1919-1925* y *La Memorias de Fanor Velasco y Abdón Cifuentes, 1914-1936*, respectivamente.

Los objetivos concretos del estudio fueron por un lado conocer las dificultades prácticas que tuvo el sacerdote en su labor pastoral y como encargado de la administración de una parroquia, y por otro, penetrar en el mundo privado de los curas y párrocos, especialmente de aquellos que vivieron en el mundo rural.

## 2. - El sacerdote diocesano: desafíos, temores y expectativas en el tránsito del siglo XIX al XX.

Entre las grandes problemáticas que debió enfrentar la Iglesia Católica chilena del tránsito del siglo diecinueve al veinte, estuvieron la escasez de vocaciones sacerdotales y la falta de financiamiento parroquial. Respecto a lo primero, *La Revista Católica*, reparaba en la estadística presentada por la *Memoria de Justicia, Culto e Instrucción Pública* del año 1889, donde se indicaba que la población del Arzobispado de Santiago ascendía a 952.760 según el censo de 1865, y que existían solamente 70 parroquias, de modo que había un párroco para 13.610 feligreses, diseminados en una superficie de 30 millas, lo que hacía prácticamente imposible que el párroco atendiese todas las necesidades que exigía su ministerio<sup>6</sup>. El problema con el tiempo se agudizó. Por ejemplo, hacia 1888, el Arzobispo de Santiago, Mariano Casanova, en su *Carta al clero sobre la escasez de vocaciones al sacerdocio*<sup>7</sup>, resaltaba

5 Entre las parroquias que presentan una mayor frecuencia de *Cartas e Informes* destacan por provincias las siguientes: *Provincia de Santiago*: Parroquias de Santa Ana, San Lázaro, San Luis Beltrán, de San Bernardo, de Tango, Isla de Maipo, Melipilla, Curacaví, Alhué. *Provincia de Aconcagua*: Parroquias de San Felipe, Los Andes, Panquehue, Santos Inocentes, de Catemu; La Ligua. *Provincia de Valparaíso*: Parroquias El Barón, Espíritu Santo, Viña del Mar, San José, Casablanca, Quillota, San Ignacio de Llaillay, Puchuncaví, Limache, Quilpué. *Provincia de Curicó*: Parroquias de Curicó, San Antonio de Chépica; de Lolol, La Huerta, Paredones. *Provincia de Talca*: Parroquias de San Luis, San Clemente Entre Los Ríos, Pencahue, Pelarco, Curepto; Sagrada Familia de Lontué

6 Ver, RICARDO KREBS, *El pensamiento de la Iglesia frente a la laicización del Estado en Chile 1875-1885*. En *Catolicismo y laicismo*. Seis estudios, Ediciones Nueva Universidad (UCCh), 1981, p. 17.

7 Boletín Eclesiástico de Santiago (en adelante BES), tomo N° 10. pp. 472-481.

la inmensa desproporción entre el número de sacerdotes y la cantidad de población que se debía servir en la Arquidiócesis. El llamado de Casanova estaba dirigido a las familias pudientes y al propio Estado, de los cuales se esperaba un mayor compromiso. *Cuando la Iglesia era más poderosa en bienes de la tierra, cuando era más libre para administrar sus rentas y disponía de cuantiosos empleos, rara era la familia notable que no contara algunos de sus hijos en esta celestial jerarquía... No porque sea hoy pobre deja la Iglesia de ser siempre la hija del cielo, y es digno de las almas generosas abandonarse así a la más augusta y santa de sus causas en el día de su infortunio*<sup>8</sup>, concluía el Arzobispo. En ello también estaba en juego evitar *la invasión bárbara del socialismo y de los criminales*<sup>9</sup>

El financiamiento también fue un problema insoluble que se manifestó en distintas situaciones<sup>10</sup>. Por ejemplo, en la gestación de las parroquias rurales a fines del siglo diecinueve y comienzos del presente, el Estado, no tuvo una participación real a pesar del tutelaje que tenía sobre la Iglesia, delegando dicha responsabilidad principalmente en los hacendados y feligresía en donde se insertaría la parroquia. En el financiamiento propiamente tal de dicha parroquia, el párroco debió utilizar criterios propiamente económicos en la administración de los bienes y propiedades, para cumplir con su misión apostólica y social en un período en que el peso de las realidades materiales era creciente. Ni el exiguo aporte del Estado, ni las entradas por estipendios forzosos y voluntarios de los bautismos, informaciones y celebraciones matrimoniales, de los funerales y documentos parroquiales, fueron suficientes para atender las necesidades crecientes de la parroquia, debiéndose recurrir a modos de financiamientos propios de instituciones financieras como el depósito a interés, préstamos hipotecarios y las inversiones.

Como ya lo hemos señalado, el Estado no jugó en la práctica un papel decisivo en la construcción y reparación de parroquias. Desde el punto de vista formal, el Estado aparece asumiendo su responsabilidad en estas materias, pero en definitiva la delega a los feligreses. Por ejemplo, en una Circular sobre construcción y reparación de Iglesias aparecida hacia 1892, el Gobierno endosa a los fieles su responsabilidad señalando en el punto cuarto que: *... pesa principalmente sobre el Estado la obligación de atender a los gastos del culto católico en la República y los fieles cumplen en buena parte con la obligación que tienen de sostenerlo, satisfaciendo la contribución establecida con ese objeto, a ellos, con todo, toca el proporcionar a la Iglesia los recursos que no pueda dar el Gobierno*<sup>11</sup>. Más aún, la experiencia indicaba al Gobierno que estando bien motivados los feligreses por sus párrocos, éstos no escatimarían esfuerzos para auxiliar a su parroquia. Es por ello que en dicha circular se señalaba con convicción que *aquellos templos católicos, que tienen alta importancia religiosa*

8 BES, p. 475.

9 BES, p. 477.

10 Los temas de la escasez de sacerdotes y la falta de financiamiento han sido estudiados por CRISTIAN LEAL PINO en dos artículos aparecidos en el *Anuario de la Historia de la Iglesia en Chile*, volúmenes 9 y 10, años 1991 y 1992 respectivamente. Dichos artículos se titulan: *Las parroquias rurales en el período 1880-1920: Gestación y medios de financiamiento* e *Iglesia y realidad económica hacia fines del siglo XIX: Repercusiones en el clero diocesano*.

11 BES. tomo N° 8, 1881-1882, p. 285.

y social, han sido erigidos en su mayor parte mediante la piadosa liberalidad de los fieles, los que cuando están animados de vida fe, nunca se muestran sordos a las insinuaciones que en ese sentido reciben de sus pastores...<sup>12</sup>.

Cuando el Gobierno brindaba su aporte a la creación de parroquias o la simple reparación de éstas, se debían sortear varios obstáculos. En primer lugar, el párroco tenía que elaborar un informe completo respecto a la parroquia que deseaba erigir. En él debía ir contemplando, por ejemplo: el dinero que disponía la comunidad para la creación de la parroquia, los planos, la nómina de quienes conformarían la junta de fábrica para que administraran el dinero y velaran por la realización de la obra, el lugar de erección de la parroquia y el dinero que se solicitaba al Gobierno<sup>13</sup>. En todos los trámites para lograr el aporte del Estado participaba no sólo el párroco, también el Gobernador, el Intendente, el Arzobispo y el propio Presidente de la República.

Pero eso no fue todo, las solicitudes debían ser elevadas con un año de anticipación para que el Estado distribuyera adecuadamente los dineros, según el presupuesto anual. Asimismo, existía un estricto orden de preferencia para construir y reparar iglesias, donde particularmente las parroquias rurales eran las marginadas. Por ejemplo, el decreto enviando por el Gobierno a las parroquias sobre el tema, en el artículo noveno, indicaba el siguiente orden de preferencia: *las obras de reparación serán preferidas a las de construcción; segundo, dentro de las obras de construcción se preferirán aquellas cuya terminación estuviera más próxima o fuese de mayor urgencia; y tercero, que de estar las obras en situación más o menos igual, la iglesia de capital de provincia sería preferida a la de departamento, la de departamento a la de capital de un territorio municipal, y la de una aldea a la de los campos*<sup>14</sup>. De esta forma quedaba institucionalizada la postergación de las parroquias y párrocos rurales.

Fuera de estos “macro” problemas, los sacerdotes diocesanos debieron hacer frente a otro tipo de situaciones, emanadas de su quehacer cotidiano, y de menor resonancia por cierto, pero que de igual modo afectaron su labor social y apostólica.

Muchos de estos problemas han sido soslayados por la historiografía, tal vez por ser considerados de poca relevancia o por carecer de las fuentes necesarias que permitan evidenciarlos e interpretarlos, o quizás, porque afectarían la imagen de “curas ejemplares” que ha mostrado hasta ahora el género biográfico. Pensamos que este mundo, esencialmente rural, la cotidianidad de los curas ofrece una interesante perspectiva de análisis que nos llevará a conocer al sacerdote como tal y como hombre, y además, aproximarnos con mayor objetividad al verdadero papel que éste cumplió en la sociedad de la época. Concretamente nos remitiremos a presentar problemas que emanan del ejercicio propio de su ministerio,

12 *Ibidem*.

13 Ver, en la misma Circular, decreto del Gobierno con fecha Santiago, enero 21 de 1882, donde se especifican los puntos que deben contemplar las solicitudes de dinero para construir o reparar parroquias. BES., tomo N° 8, p. 285 y siguientes.

14 *Ibidem*.

entre los que podemos mencionar: los esfuerzos por construir la parroquia u oratorio, la necesidad de implementarla con los elementos sagrados básicos e indispensables para desarrollar su labor, el enfrentamiento con el mundo protestante y la repercusiones de la política contingente en el cumplimiento de su ministerio.

Uno de los problemas materiales concretos que el sacerdote encontró en los inicios de su ministerio, fue tener que levantar su parroquia u oratorio y la propia casa parroquial que lo albergaría, en algunos casos, junto a su familia. El sacerdote diocesano especialmente el del ámbito rural, debió muchas veces empezar por construir personalmente su parroquia u oratorio que se convertirían en su centro de acción espiritual y social y en una de sus más eficaces “armas” para hacer frente a los innumerables problemas que afectaban a la comunidad y que decían relación no sólo con lo económico, político y social, también con lo religioso. Dicha tarea se vio o no facilitada según el nivel social que ostentaba el sacerdote y el tipo de feligreses que tuviera la comunidad. Aquel sacerdote que no poseía un apellido aristocrático ni mucho menos bienes, debió esmerarse no sólo por construir su parroquia, sino que debió dotarla de los ornamentos sagrados básicos para celebrar la Santa Misa y realizar todas aquellas manifestaciones religiosas que alimentaban la fe de la feligresía.

Para construir la parroquia y dotarla de los elementos necesarios, el sacerdote debió en ocasiones, endeudarse personalmente, mediante las solicitudes de préstamos a algún sacerdote más pudiente o a la tesorería arzobispal, o en su defecto, a algún miembro de la feligresía. Liderar la construcción fue una tarea irrenunciable. Quien nos evidencia tal liderazgo por construir su propia parroquia es aquel cura que hacia 1913 escribía desde Limache a su Arzobispo indicándole que:

*... dentro de muy poco voy a terminar una Iglesia que estoy construyendo en los Maitenes... Está ubicada en un terreno cedido por la comunidad... El pueblo de los Maitenes está a una legua del asiento parroquial y se compone de más de un mil de habitantes. Cada día que pasa se nota el interés de los vecinos de Limache por adquirir propiedades en Maitenes y tengo la convicción que dentro de poco va a aumentar su población y su importancia<sup>15</sup>.*

Este esfuerzo y visión del sacerdote lo llevaron a solicitar autorización para erigir definitivamente una viceparroquia en Maitenes, que al cabo de unos años se concluyó con la participación directa del sacerdote. No todas las iniciativas terminaron coronadas con el éxito. Muchos tenientes curas debieron sólo conformarse con un simple oratorio, el que tampoco fue nada de fácil mantener, al menos el siguiente ejemplo lo corrobora. Hacia 1916, en un informe procedente de Valparaíso un párroco indicaba a Monseñor Juan Ignacio González Eyzaguirre que:

*La casa que ocupa la viceparroquia de Concón y el oratorio contiguo a ella están en ruinas. Las lluvias en el invierno han echado abajo un tabique; el oratorio está tan sucio que casi no se puede celebrar la Santa Misa, y llega ya el tiempo en que varias familias vienen a pasar allí los meses de verano. No he tenido plata para hacer reparaciones; los habitantes del lugar son sumamente pobres, de tal modo que no pueden contribuir para tales gastos y no me atre-*

15 A. A. S. -I. R., Valparaíso. 12 de mayo de 1913. Parroquia de San Francisco de Limache.

*vo a pedirles a los hacendados, porque no contribuirían, unos por falta de voluntad y otros por falta de dinero*<sup>16</sup>

Por tal razón solicitaba al Arzobispo tres mil pesos con el compromiso de devolverlos en poco tiempo y poder así reparar las partes más urgentes de su oratorio.

No sólo fue un problema la construcción y mantención de la parroquia y el oratorio, también debió construir y personalmente, la casa parroquial que lo albergaría junto a su familia. Por ejemplo, quien fuera sacerdote por años en la provincia de Talca, específicamente de la viceparroquia de San José de Duao, escribía a su prelado comunicándole lo fructífero que había resultado ser el oratorio de la viceparroquia y de paso le hacía ver su gran esfuerzo por construir la casa parroquial indicándole:

*... también me es grato agregar que durante el mes que he permanecido entre esta piadosa gente, me he ocupado en reunir el material necesario para terminar las cuatro piezas que faltaban, y que Dios mediante, tengo ya los adobes suficientes, parte de los cuales estoy acarreando y parte aun cortando, y también pone de la madera. De buen agrado hubiera postergado la presente hasta comunicar a su Señoría la conclusión de la casa; pero debo contentarme con lo hecho y ya pienso retirarme en vista de que, conseguido el material y no habiendo por el tiempo de cosecha trabajadores con que levantar las murallas, no aparezca suficientemente justificada mi permanencia en esta...*<sup>17</sup>.

También fue preocupación del sacerdote conseguir los ornamentos sagrados básicos que le permitieran celebrar la Santa Misa al igual que aquellas imágenes que contribuían a mantener viva la fe en su religión, especialmente de la patrona de cada comunidad. Algunos sacerdotes contaron con el apoyo económico de la feligresía de elite para renovar los ornamentos sagrados, incluso muchos de ellos fueron traídos desde el extranjero, especialmente de Francia. Pero hubo otros que debieron simplemente endeudarse con la propia Tesorería Arzobispal para adquirir sus ornamentos sagrados, los cuales cuidaban con mucho celo, al punto de llevárselos consigo cuando eran trasladados de parroquia. Así lo demuestra aquel sacerdote que por disposiciones superiores debió trasladarse a Los Andes, desde donde escribía hacia 1891 indicando: *Apreciado Señor (Vicario General) incluyo una (letra) de cambio del Banco de Santiago (por el) valor de 255, 00 pesos que adeudo a la Tesorería Arzobispal por los cuatro ornamentos y un misal que Ud. tuvo la amabilidad de dejarme traer, adeudándole el valor (indicado), le pido excuse mi demora... también tenga la bondad de mandarme cuenta aparte por los dos ornamentos de más valor que los he destinado para la viceparroquia y van a cuenta por separado*<sup>18</sup>.

Los medios con que contó el sacerdote para auxiliar a sus feligreses tampoco fue algo fácil de obtener. Si bien algunos sacerdotes que sirvieron estas alejadas y desoladas parroquias rurales contaron con un coche tirado por caballo para llegar a entregar un

16 A. A. S. -I. P., Valparaíso, 2 de diciembre de 1916.

17 A. A. S. -I. P., vol. E-LL, fj. 334. Talca, San José de Duao, febrero 1 de 1911.

18 A. A. S. -I. P., vol. E-LL, fj. 254. Los Andes, diciembre 17 de 1891.

sacramento, lo común fue que el sacerdote sólo contara con su cabalgadura como único medio de transporte para socorrer a su feligresía. Ello produjo, en algunos sacerdotes, especialmente los de más avanzada edad, serios problemas físicos, al punto de imposibilitarlos para el ejercicio de su ministerio. Son significativas las quejas por este problema, sobre todo cuando la parroquia era muy extensa. Ejemplo de los efectos producidos por el uso del caballo en su misión apostólica, fue aquel sacerdote que después de servir por años en La Ligua, al momento de ser trasladado a Valparaíso, hacia 1912, señalaba a su Vicario que:

*... a consecuencia de un golpe de a caballo recibido en la ingle, haciendo el desempeño de mi ministerio, me encuentro imposibilitado para seguir desempeñando el servicio permanente en los cerros, viéndome obligado a hacer de a pie las visitas a los enfermos que algunos días son muchos y siempre tengo que hacerlos yo. Esto es lo que me tiene sin aliviar y muy expuesto a que me resulte una hernia...<sup>19</sup>.*

Para corroborar sus palabras el sacerdote incluía en su misiva un certificado médico extendido por el doctor Guillermo Middleton, el cual señalaba: *Certifico que el Presbítero... teniente cura de la parroquia de San Luis (de Valparaíso) está imposibilitado para ese servicio, pues tiene los síntomas de hernia inguinal que empieza<sup>20</sup>.* Con ello se evidenciaba el efecto que le había producido su diario trajín en su cabalgadura en aquellos desolados y agrestes parajes de su designación anterior. Sin embargo, aquello sólo fue una de las tantas realidades a que debió acostumbrarse el sacerdote rural y donde el verdadero problema radicaba en el exigente trabajo que demandaba atender una parroquia rural. Este esfuerzo no sólo se dio en la Diócesis de Santiago, también en el resto de las diócesis del país se vivió similar situación. Prueba de ello es la siguiente carta procedente de la iglesia de San Carlos, perteneciente al obispado de Concepción, donde el sacerdote exponía las razones de su solicitud de cambio a la Diócesis de Santiago manifestando: *Deseo trasladarme a la Arquidiócesis (Santiago) porque no me siento con fuerzas para servir esta pesada parroquia (de San Carlos). He sufrido serios ataques de pulmonía en el año y no podría establecerme en Concepción. Estoy un tanto rendido y no puedo soportar el trabajo de campo. Antes de pedir permiso a mi obispo desearía saber si, por parte del señor Arzobispo no habría inconveniente para recibirme ahí. No quiero estar sin trabajo, voluntad me sobra para servir a la Iglesia, pero quiero hacerlo según mis fuerzas<sup>21</sup>.*

Para muchos sacerdotes resultó sacrificado atender una parroquia rural, más aún cuando la propia feligresía se constituía en un obstáculo para ello. En muchas localidades del país la feligresía carecía de una formación cultural, moral y religiosa que le permitiera entender la misión que el sacerdote cumplía en su localidad. Pero no solamente este tipo de gente constituía un obstáculo, también lo fueron los propios hacendados que se consideraban verdaderos “amos y señores” en la comunidad y pretendían mediante su influencia y poder dirigir la acción de la Iglesia considerando sus propios intereses. Tales realidades produjeron

19 A. A. S., vol. A-D, fj. Valparaíso, octubre 22 de 1896.

20 *Ibidem*.

21 A. A. S., vol. E-LL, fj. 267, San Carlos, febrero 28 de 1898.

no sólo un clima inadecuado para desarrollar su misión evangelizadora, sino que ocasionó en algunos sacerdotes un sentimiento de nostalgia, especialmente cuando eran de otras localidades, donde su formación y relación con su entorno geográfico y social habían sido muy distintas.

Ejemplos de dichas realidades fueron aquellos sacerdotes que sintieron en carne propia estos problemas. Desde la parroquia de San José de Santiago contaba el sacerdote a su obispo del tipo de fieles que conformaban su parroquia indicando: ... *la índole de los feligreses insubordinada y pendenciera por educación, pues se compone en su mayor parte de mineros y gente holgazana con motivo del trabajo del canal, que allí se asilan, sus producciones sumamente escasas, y los derechos parroquiales tan mezquinos y contingentes que casi no prestan congrua sustentación...*<sup>22</sup>. Por su parte, hacia 1906, desde Vallenar escribía otro sacerdote quejándose por la excesiva influencia de ciertos feligreses que impedían su acción y retrasaban el progreso de la ciudad. En su carta al Vicario indicaba: *En esta apartada ciudad se hace nada más que lo que quieren los mandones que por aquí mandan, no hay en los trabajos ni en la más pequeña cosa la más mínima moralidad, de aquí el mismo retraso en que está esta ciudad en todo sentido...*<sup>23</sup>.

Otro de los problemas que enfrentó el sacerdote diocesano y que tuvo repercusión en su accionar fue el lograr su adaptación al medio geográfico y al carácter de la gente lugareña. En algunos sacerdotes fue tan difícil su adaptación que los llevó incluso a solicitar al Arzobispo un cambio urgente de diócesis, como ocurrió con aquel sacerdote de Empedrado, departamento de Talca, que deseaba volver al norte de donde era oriundo. La razón esgrimida era su no acostumbramiento al modo de vida de la gente de Empedrado, por lo cual manifestaba:

*Por una parte mi familia que pertenece ahí (en el norte) y por otra es muy distinto el carácter de la gente del norte y del sur, y además que jamás podré acostumbrarme por estos lugares, como le pudiera suceder a cualquier persona que se venga a establecer a estas regiones... Estos lugares son completamente distintos de los del norte, es casi otro modo de vivir de la gente; no porque sea mala sino porque son lugares que están en completo aislamiento de la vida más civilizada y las vías de comunicación son algo difíciles, así que todo cuesta un sacrificio sumo, además la esterilidad de los mismos lugares hace que la gente revista un carácter propio de por aquí*<sup>24</sup>.

Dentro de toda esta realidad humana el sacerdote debió hacer frente a una problemática de tipo religioso como lo fue el avance cada vez más amenazante del protestantismo. El mundo rural del tránsito del siglo diecinueve al veinte también fue testigo de la propagación del protestantismo. Tal fenómeno se hizo más evidente y significativo hacia la segunda década del siglo veinte, lo cual demanda una preocupación y respuesta concreta de parte de los sacerdotes rurales, quienes no sólo tuvieron conciencia de tal avance, sino que desarrollaron todo un plan de acción para mitigar los efectos de este flagelo.

22 A. A. S., vol. A-D, fjs. 33-34. Santiago, diciembre 25 de 1859.

23 A. A. S., vol. E-LL, fj. 181. Vallenar, octubre 6 de 1906.

24 A. A. S., vol. M-R, fjs. 240-241. Empedrado, junio 13 de 1904.

En algunas localidades rurales, la alarma de este avance religioso es observable ya a partir de 1900. El sacerdote de la hacienda Los Nogales, por ejemplo, junto con agradecer a su Vicario General el haber recibido los “ejemplares” que serían utilizados para contrarrestar la propaganda protestante y cuyo título era *Comunicaciones Familiares sobre el Protestantismo*, manifestaba su visión sobre el problema diciendo:

*En verdad que la propaganda protestante que se hace en este pueblo, desde hace algunos años, es bastante activa y que casi todos los sábados viene de Valparaíso un individuo a los que ellos llaman pastores; y cuando no viene le remite hojas impresas que distribuye el propagandista que aquí hay y que es un zapatero llamado Eusebio Tello. Pero no creo que esa propaganda haya sido muy eficaz, al menos en los últimos dos años. Primero porque el tal Tello no tiene influencia social y porque toda la gente principal (señoras y caballeros) lo mira con cierto desprecio. Esto no quiere decir que no consiga engañar a algunas personas ignorantes<sup>25</sup>.*

No obstante este optimismo, el sacerdote estaba preocupado del efecto a mediano y largo plazo del protestantismo, más aún, cuando en su feligresía existía un cierto desinterés por lo propiamente religioso y la carencia de recursos y medios para combatir a los enemigos de la Iglesia, lo que evidenciaba en otro de los párrafos de su misiva al indicar:

*Aunque en esta hacienda (de Nogales) tenemos establecido el catecismo dominical, con asistencia media de 80 niños de uno y otro sexo, y en cuya enseñanza toman parte las señoras principales del pueblo; y se han establecido últimamente las asociaciones de San José y del Corazón de Jesús y la señora Adela Edwards me facilita todos los medios para hacer eficaz mi acción sacerdotal; todavía esta no es suficiente para contrarrestar de una manera fructífera a la propaganda protestante. Porque el hecho es que más de las dos terceras partes de la gente del pueblo se quedó sin venir a misa en los días en que yo predico constantemente<sup>26</sup>.*

Para el sacerdote en cuestión el problema se acrecentaba más todavía porque la feligresía no asistía a las misas dominicales demostrando así su indiferencia por la religión católica. A ello se sumaba la gran distancia que separaba a muchos fieles de la parroquia. El sacerdote creía ver en el oratorio la manera de acercar a esta población al camino católico, desde donde se predicaría de manera más efectiva. Veía en el oratorio o capilla una significativa “arma” de lucha, más cuando se contaba con un importante número de fieles que estaban dispuestos a cooperar. Su carta continuaba señalando:

*Las familias del pueblo sienten esa misma necesidad (la del oratorio). A fines del año último se me apersonó una comisión de señoras pidiendo mi cooperación para edificar una capilla por medio de erogaciones. Acepté con gusto el pensamiento y les indiqué que convenía provocar una reunión*

25 A. A. S., vol. M-R, fjs. 350-354. Los Nogales, julio 9 de 1902.

26 Ibidem.

*más numerosa a fin de que el asunto tuviera un carácter popular... Esto manifiesta a su Señoría como el campo está bien preparado y no será, dificultoso obtener buena cosecha. La gente es dócil y fácil de dirigir y en ciertas festividades como del Niño Dios y la Virgen del Carmen la concurrencia es numerosísima*<sup>27</sup>.

En otras localidades, como en Catemu, la propagación del protestantismo tuvo una mayor repercusión en la feligresía. Dicho avance se veía facilitado, según el sacerdote, por una falta de claridad por parte de la iglesia para hacer frente a las herejías. Concretamente indicaba el desconocimiento por parte de los fieles de las armas que tenía la Iglesia para defenderse, como la excomunión, la cual no era entendida a cabalidad por los fieles. La visión de este problema en Catemu lo describía el sacerdote como sigue:

En Catemu hay mucha propaganda protestante, la gente no se abstiene de la comunicación con los herejes, porque ignoran las penas que la Iglesia tiene señaladas. Hay algunas personas que llegaron a dudar de la religión católica y creen que tal vez los protestantes enseñan la verdad... si supieran lo que es una excomunión, sus consecuencias y, sobre todo, que ellos han estado a punto de incurrir en esta pena y que solo la ignorancia los ha liberado<sup>28</sup>.

Desde la parroquia de Limache y hacia 1918 el sacerdote lugareño hacía ver su realidad respecto al avance del protestantismo. La visión del sacerdote evidencia la falta de elementos básicos para hacer frente a las herejías, y por ello en una de sus cartas pedía un auxilio urgente para hacer algo por su feligresía. El tenor de la misiva era como sigue:

*Ud. no puede hacerse el sordo en esta materia, pues los protestantes han avanzado mucho en los últimos tiempos; las mejores quintas están ahora en poder de ellos. El edificio actual ya es insuficiente e ineficaz de contener la gente.*

*La parroquia de Quilpué ha recibido sus grandes subvenciones ¿por qué no puede recibir también lo mismo San Francisco? No pido ningún centavo para necesidades del cura y no pediré, pero lo necesario para la iglesia debo pedirlo, no hay otro remedio. Procesión del Corpus no puedo hacer porque me faltan cruz alta, ciriales, baldaquino y todo lo que corresponder*<sup>29</sup>.

En la región central el protestantismo tuvo una importante acogida hacia comienzos del presente siglo. También en la Nueva Imperial estas ideas prendieron y el sacerdote debió hacer ingentes esfuerzos para detener este avance cada vez más significativo para la Iglesia. Para el sacerdote de Nueva Imperial el problema radicaba en la falta de recursos y medios para propagar el catolicismo entre los indígenas y también en la efectividad que tenían los protestantes en sus acciones, quienes contaban con recursos y un importante apoyo

27 *Ibídem.*

28 A. A. S. -I. P., leg. 89, N° 45, San Francisco de Limache 1918.

29 *Ibídem.*

institucional. Así lo revelan las cartas que desde la Imperial enviara a comienzos de siglo el párroco al Vicario General. En una de ellas no sólo hacia una crítica a los católicos y su caridad, también alababa a los protestantes por su labor.

*... el deseo de poner atajo a la propaganda incesante de los protestantes, que se presentan a los indígenas revestidos de los atributos de la caridad cristiana, mientras entre los que se llaman católicos no ven sino indiferencia y harto desprecio (indiferencia y desprecio que manifiestan aún hasta una parte de los mismos misioneros), y el anhelo de llevar adelante, no obstante esa misma indiferencia, la obra de educación cristiana que se ha acometido y espero continuar con el favor de Dios y de María Santísima... en la salvación de nuestros muy necesitados hermanos los Mapuches<sup>30</sup>.*

Luego proseguía indicando:

*Comenzaron éstos su obra de educación en una ruca grande, que hasta ahora se conserva, y que visité y examiné en todos sus detalles, pero este año están concluyendo un edificio grande magnífico, de dos pisos, con todas comodidades y rodeado de comedores. Créame que alabé a Dios de ver el celo de estos hombres, mientras sentía el corazón oprimido al considerar lo que no sé cómo calificar en los nuestros y me subió el rubor al rostro, recordando que el Itmo..., de las Escuelas Cristianas no ha sido capaz ni de contestar mis cartas..<sup>21</sup>.*

Era evidente la carencia de medios que tuvo el sacerdote rural para hacer frente al avance cada vez más efectivo del protestantismo. Sin embargo contó en muchos casos con un importante apoyo como lo fueron los feligreses, especialmente los de elite, que llamaron la atención de las altas autoridades eclesiásticas, y participaron activamente con el sacerdote en la lucha contra este flagelo. Una de las parroquias que hacia 1918 contó con el apoyo de los feligreses en esta materia fue la de Papudo, donde los fieles hacían ver el problema religioso al Arzobispo manifestándole:

*... creemos oportuno manifestar a S. S. Itma. y Rvma. que la propaganda protestante hace incesantes estragos entre los pobres, muchos de los cuales se afilian a esta secta... Cada día se nota más la influencia de los enemigos de la Santa Iglesia Católica No asisten a misa las familias del pueblo que pueden fácilmente hacerlo en la estación de verano; no bautizan a sus hijos ni se casan según el rito católico.*

*... causa inmensa lástima y pena profunda, Itmo. y Vvmo. señor el ver que los enemigos de la Iglesia tengan aquí sus pastores y propagandistas al paso que no hay ningún sacerdote católico durante el transcurso del año, salvo los meses de verano, que celebré la Santa Misa, instruya a los fieles en las verdades de la fe, enseñé a los niños el catecismo, prediqué el evangelio....*

30 A. A. S., vol. S-Z, fjs. 166-167. Nueva Imperial, abril 5 de 1902.

31 *Ibidem*.

Los feligreses que firmaban dicha carta no se quedaron en la simple visión del problema, por el contrario, proponían al Arzobispo soluciones concretas para contrarrestar el avance del protestantismo, como lo fue la necesidad de la permanencia estable de un sacerdote en Papudo y la formación de cofradías<sup>32</sup>.

*... la presencia de un sacerdote que viniera a remediar estos males y atender a las necesidades espirituales de la población de Papudo es una necesidad urgentísima.*

*Si se pudiese establecer la Sociedad de San José como también otras cofradías piadosas para mujeres podrían generarse este pueblo y hacer inmensos beneficios a las almas. Contribuiría sobre todo a la extirpación de la propaganda protestante<sup>33</sup>.*

El ámbito político también se constituyó no en pocas ocasiones en un obstáculo más para desarrollar su labor. A través del género biográfico es posible apreciar dicha realidad<sup>34</sup>. Cuando el sacerdote tenía el mismo pensamiento político que las máximas autoridades civiles locales, como el Gobernador, el Alcalde, el Preceptor de las escuelas y los principales hacendados, su labor se vio facilitada ostensiblemente, al igual que su realidad económica. Sin embargo, cuando sus ideas políticas discrepaban de estas autoridades su vida y acción social y apostólica se vio seriamente perjudicada. En no pocas ocasiones fue víctima de determinaciones que lo marcaron en su vida religiosa, llegando incluso y dependiendo del momento político, a costarle hasta el exilio a otra diócesis. No es menos cierto que el clero de la época y específicamente el rural estuvo atento al que hacer político y en muchas ocasiones se abanderizó y realizó una acción concreta para defender sus ideas políticas, las que se identificaban por lo general con el Partido Conservador.

Fue común que el sacerdote rural informara a su prelado de las contiendas políticas y principalmente de la labor desarrollada por el Gobernador, sobre todo cuando las ideas de éste discrepaban con los principios básicos del catolicismo. Por ejemplo, hacia 1907, y desde Los Andes el párroco describía la realidad política de su localidad a través de un informe donde indicaba:

*El gobernador hace una política radical abierta, siendo un propagandista porfiado de ideas luteranas en la familia, en cuanto puede y solapadamente provoca dificultades a todo lo que el cura y padres se refieren; en las elecciones fue desleal a don Rafael Errázuriz, trabajando abiertamente en su contra. El periódico La Restauración (conservador) le ha pegado fuerte, sobre todo después del empastelamiento de la imprenta, del que es responsable en la*

32 Las cofradías fueron instituciones que desde la época colonial jugaron un papel importante en materia religiosa y social. Dichas instituciones, conformadas por lo general, tanto por laicos como por religiosos, fueron también en el tránsito del siglo XIX al XX, un importante instrumento de lucha contra el protestantismo.

33 A. A. S. -I. P. Papudo, enero 30 de 1918. Entre los fieles firmantes encontramos a Baldomero Larraín, Enrique Martínez, Elena Espínola de Pérez, Prudencio Gumucio, Lucila Vargas de Martínez y Antonio Bello Silva.

34 Ver, por ejemplo, MARCIANO BARRIOS, *Historiografía eclesiástica chilena entre 1918 y 1988, en Pensamiento teológico en Chile*, Universidad Católica de Chile, Santiago 1990.

*conciencia de todos el Gobernador, le seguirán atacando porque tiene enemigos fuertes...*<sup>35</sup>.

Pero no sólo se limitaron a informar a sus superiores de las ideas y acciones realizadas por el Gobernador, también defendieron decididamente los ideales católicos o conservadores. Prueba de ello son por ejemplo aquellas cartas enviadas hacia 1905 desde Quillota, especialmente de la parroquia de Hijuelas, donde el sacerdote junto con criticar a los liberales, señalaba el rol que podía cumplir un sacerdote en beneficio del triunfo de las ideas conservadoras:

*Los hechos recientes están probando de cuando es capaz la pasión política y sectaria. Los liberales cuando ven que se les trata de menospreciar su ascendiente electoral o mejor dicho el acceso al presupuesto son capaces de tocio. En la parroquia que actualmente sirvo, quammis indignus, está tan averiado el prestigio liberal que no ciucio augurarle completa derrota en la próxima campaña política. Si en todas partes se trabajara como aquí otra suene correría la Iglesia chilena, si en todas partes las parroquias fueran asegurando el triunfo de las ideas católicas o conservadoras en qué estribaría la audacia liberal y ello es posible mediante el perseverante anhelo de cada párroco. Compare Ud. ahora la situación de Santa Cruz de cuando yo la recogí, antes mitad conservadora hoy totalmente radical. No quiero significar que el actual cura no esté animado del mismo espíritu que yo; pero aquellos hombres yo los traté con rigor y así respetaban las ideas conservadoras...*

*Mi sistema es diverso, a mí se me perseguirá en todas partes pero también puedo presentar Dios mediante, en cualquier parte triunfante la causa conservadora*<sup>36</sup>.

Este celo por la defensa de las ideas políticas se manifestó a través del púlpito y también en los colegios. Cuando había alguna ceremonia importante, los discursos permitían al sacerdote hacer la defensa de la religión y criticar las ideas que atentaban contra los principios básicos de su doctrina. Sin embargo, y dependiendo de las circunstancias políticas, el púlpito fue su principal y más directo medio de expresión política. No siempre resultó para el sacerdote beneficioso hacer uso de la prédica para manifestar sus ideas, ya que en más de una ocasión tuvo repercusiones funestas. Hacia 1891 y previo a la revolución de dicho año, en la catedral metropolitana, un sacerdote de apellido Cortés realizó el sermón correspondiente al último día de la rogativa, lo que le significó su exilio al sur del país, específicamente a la localidad de Yungay. La razón de dicha determinación por parte de las autoridades civiles fue, al decir de Fanor Velasco, un hombre muy cercano al gobierno de la época, que el dicho sacerdote había indicado que *los varones justos sufrían persecuciones*<sup>37</sup>. Para el sacerdote afectado todo resultaba inexplicable, pues estaba seguro de no haber manifestado palabra alguna en contra de la administración de aquel momento. Como prueba de lo señalado fue una carta enviada desde la ciudad de Chillán en momentos que se dirigía al lugar de su destierro, Yungay. En dicha

35 A. A. S. voi. E-LL, fjs. 255-257, Los Andes, mayo 5 de 1907.

36 A. A. S., vol. E-LL, fj. 147 yv. Hijuelas, enero 12 de 1905.

37 Ver. Fanor Velasco, *Memorias*. Imprenta y litografía Universo, Santiago 1914.

carta indicaba lo siguiente sobre los hechos:

*El 24 del presente fui aprehendido en la calle pública y llevado al cuartel de policía de esa capital, donde fui reducido a prisión.*

*El Sr. Intendente me comunicó que mi presión era debido a una orden de la autoridad suprema y originada por el sermón que prediqué, en el templo metropolitano, en la mañana de ese día; agregando el Sr. Cerda y Ossa que en el dicho sermón, yo me había expresado en términos contrarios a la administración actual.*

*Inútil juzgaría protestar a V. S. Itma. y Rvma. que no me he expresado en tales términos. Prediqué ante uno de mis preladados, de varios miembros del venerable Cabildo y clero y de una gran concurrencia de fieles y ellos saben que no avancé un solo concepto ni una sola palabra en pro o contra de persona o partido político.*

*La orden de mi destierro me fue comunicada ayer, siendo en el expreso de hoy, enviado bajo vigilancia de un oficial a esta ciudad, en tránsito para Yungay<sup>38</sup>.*

Tal situación alcanzó ribetes inusuales, ya que debió intervenir el propio Presidente de la República. La autoridad civil expresó su malestar enviando al Arzobispo una carta donde hacía ver su preocupación y malestar por los hechos ocurridos en la Iglesia Metropolitana, desde donde los sacerdotes vertían conceptos contra la administración del Estado<sup>39</sup>. Pero ello no quedó allí, también los fieles cercanos al sacerdote Cortés fueron víctimas de la situación. En una de las frecuentes asistencias a misa y retiros espirituales de los fieles a la iglesia de Santa Ana, lugar donde el mencionado sacerdote desarrollaba su ministerio, éstos fueron desalojados por la fuerza pública. Todo ello como consecuencia del sermón predicado por el sacerdote en la Iglesia Metropolitana<sup>40</sup>.

En síntesis, junto a los “macro” problemas que la Iglesia Católica chilena enfrentó en el tránsito del siglo diecinueve al veinte y que ciertamente repercutieron en el clero diocesano, existieron otros, que a pesar de su relativa importancia, influyeron en la acción social y apostólica de éstos. Construir la parroquia y el oratorio, dotarlos de los elementos sagrados elementales, atender parroquias muy extensas teniendo como único medio de transporte su cabalgadura, enfrentar al mundo protestante y a la contingencia política fueron problemas reales de su mundo cotidiano.

El sacerdote debió sobreponerse a estos obstáculos y con esfuerzo y creatividad dotar a su parroquia de lo mínimo indispensable para que ésta funcionara adecuadamente. Y no solamente eso, enfrentó con decisión a los protestantes y a todos aquellos que propugnaban nuevas ideas y que se alejaban de los principios básicos de la doctrina cristiana, ya que en ello estaban en juego no sólo sus convicciones sino que también su propio sustento.

38 A. A. S., vol. A-D, fj. 261 yv. Chillán, junio 26 de 1891.

39 Ver. Fanor Velasco, *Memorias*, p. 487-488.

40 El hecho aparece tanto en el periódico *La Revolución* del día 28 de junio de 1891 p. 18 y en las *Memorias* de Fanor Velasco. Lamentablemente en ninguna de las fuentes se profundiza en el hecho, solo se menciona brevemente.

### 3. - **El mundo privado de los curas: el párroco y el teniente cura desde la cotidianidad**

La acción social y apostólica que el clero diocesano chileno desarrolló en localidades rurales de nuestro país no estuvo exenta de conflictos. El quehacer cotidiano y el “status” social que ostentaba cada sacerdote dentro del cuerpo eclesial, fueron los detonantes de éstos. Pese al llamado de los Obispos, a través de cartas y edictos pastorales y del propio Sínodo de 1895, que instaban a los sacerdotes a formar un cuerpo unido y solidario para hacer frente a los problemas de índole social y religiosa que amenazaban a la Iglesia chilena de fines del siglo diecinueve y primeras dos décadas del presente<sup>41</sup>, la respuesta no fue del todo fácil, pues su realidad material influyó, en muchos casos, negativamente.

Los conflictos entre los sacerdotes de fines del siglo diecinueve los observamos en dos niveles: entre párrocos y entre el párroco y su ayudante, el teniente cura. Entre los párrocos, como ya lo hemos indicado, el conflicto se centró fundamentalmente en los límites parroquiales, donde cada sacerdote defendió con celo su jurisdicción para impedir la reducción de su espacio, por todo lo que en ello estaba en juego y que ya comentamos en páginas anteriores. Sin embargo, la dinámica de los conflictos entre el párroco y su vicario fue distinta. Poco sabemos de este mundo particular. Un mundo que a nuestro juicio brinda la posibilidad de aproximarse a la mentalidad de un sector del clero rural chileno, porque de los conflictos que se suscitaron del quehacer cotidiano y del “status” social correspondiente al párroco y al teniente cura, va emergiendo el hombre que hay en el sacerdote, con sus aspiraciones y sentimientos íntimos.

Nuestra aproximación metodológica a este mundo particular consistió en situar a ambos protagonistas dentro del contexto histórico con sus respectivos roles, para luego, centrarnos en sus conflictos personales con una doble finalidad: percibir aquellos sentimientos que van emergiendo de las relaciones personales, y por otro lado, establecer la o las motivaciones reales que existieron tras los conflictos. Una primera impresión debiera llevarnos a pensar que las desigualdades económicas, tanto de la condición material como de los sueldos entre el párroco y el teniente cura fue una causa principal de los conflictos, más aún, si observamos el drama que reflejan las cartas al referirse a ambos aspectos. No obstante lo anterior, pensamos que hay otra razón de importancia que influyó considerablemente en las relaciones de nuestros protagonistas y que se relaciona con la necesidad humana de figurar dentro de la sociedad como un ser importante al cual se le reconoce su labor.

41 Entre las cartas y edictos pastorales de las últimas décadas del siglo diecinueve destacan: VALENTÍN VALDIVIESO, *Edito al clero y fieles de nuestra arquidiócesis*, en BES, Libro X, N° 32, Julio 16 de 1859. IDEM, *Advertencia al pueblo sobre los preservativos de la viruela*, en BES, Libro XIX, N° 1. 240, marzo 28 de 1873. Edicto sobre la Francmasonería, del Vicario Capitular Joaquín Larraín Gandarillas, en BES., Libro XXXVI, N° 52, marzo 19 de 1887. MARIANO CASANOVA, *Pastoral sobre la intemperancia en la bebida*, en BES., Libro XXXVI, N° 1. 014. Además, el *Sínodo de Casanova*. 1895, específicamente en el libro segundo, título primero, artículos números 325, 329 y 332, donde hace un fervoroso llamado a la unidad y solidaridad del clero en el ejercicio de su ministerio.

Creemos que los conflictos suscitados dentro de este mundo particular se debieron a la marginación económica y social de que fue víctima el teniente cura. Económica, porque el dinero que podía percibir dependía principalmente del párroco, el cual, según las entradas parroquiales y las capellanías que tuviera la parroquia, le asignaba un sueldo mensual a su colaborador, que por lo general, no le permitían vivir decorosamente<sup>42</sup>. Marginación social, porque siendo simplemente un cura, su “status” social estaba muy por debajo de su superior inmediato, quedando irreductiblemente condenado a vivir en el anonimato. Al párroco en cambio, a la cabeza de todas las actividades de mayor significación, se le abrían campos de comunicación con las principales autoridades públicas y las familias más pudientes de la comunidad.

El párroco a quien acompañó el teniente cura en su labor social y apostólica, jugó un papel muy importante dentro de la sociedad<sup>43</sup>. Desde el momento mismo de hacerse cargo de una parroquia rural empezaba a relacionarse con la sociedad lugareña, en la cual terminaba insertándose como una verdadera autoridad en el orden moral y cultural<sup>44</sup>. Sus relaciones con el Intendente, el Alcalde, el Comandante de Policía, el Preceptor de la escuela fiscal, entre otras autoridades locales, y los vecinos de mayor renombre, se estrechaban y consolidaban a los pocos meses de haber arribado a una localidad, a no ser que políticamente tuvieran ideas distintas, como ocurrió en algunos casos, donde las autoridades se convirtieron en grandes obstáculos para la labor del párroco<sup>45</sup>.

Cuando la comunión entre el párroco y las autoridades públicas y la feligresía de elite era buena, el primero gozó no sólo de una buena posición social, sino que también económica. Fue así como algunos párrocos llegaron a contar con fundos y negocios que administraban personalmente y de los cuales obtuvieron importantes beneficios, que unidos a su sueldo como párroco le permitieron llevar una vida más que decorosa. No pocos sacerdotes que

42 Tal realidad la encontramos descrita, por ej., en una carta procedente de Los Andes con fecha junio 6 de 1907, donde el párroco comunicaba a su Vicario Capitular el cambio de residencia de su ayudante indicando: *De improviso, sin previo anuncio el señor... ha emprendido viaje a esa (Santiago) con destino a la parroquia de San Isidro; el motivo que lo mueve son las ofertas de mayor lucro que le hace el señor Echeverría, le ofrece 120 pesos, siendo que yo le doy cien... A. A. S., vol., E-LL, ff. 248.*

43 Este papel del párroco lo podemos observar en: WALTER HANISCH, *Peumo. Historia de una parroquia, 1662-1962*, Universidad Católica de Chile, Santiago 1963. ELÍAS LIZANA, *Apuntes para la historia de Guacarhue y de Pehahue de Talca*, Santiago 1909. REINALDO MUÑOZ, *Yerbas Buenas, Linares y San Javier. Páginas de su historia*, Santiago 1967. Y los trabajos de FIDEL ARANEDA BRAVO (ver, por ejemplo, *historiografía eclesialística chilena entre 1918 y 1988*, escrita por MARCIANO BARRIOS en *Pensamiento teológico en Chile*, Universidad Católica de Chile, Santiago 1990).

44 Confirman tal realidad lo escrito por MARCIANO BARRIOS sobre *Las parroquias*. Además de *las Cartas de un cura de campo*, publicadas en *La Revista Católica*, números: 42 (1922) pp. 543-547 y 44 (1923) pp. 223-227 y 859-863. Estas cartas fueron publicadas con la firma C. R. por Oscar Larson durante los años 1922-1923.

45 Tal realidad queda evidenciada, por ejemplo, en aquel episodio señalado por CARLOS LABBÉ en *Párrocos ejemplares*, donde relata los problemas que tuvo el sacerdote José G. Díaz con los radicales de Curepto. *Revista Católica*, tomo XILX (1925) p. 855 y tomo L (1926) pp. 591-592. No menos decidir de dicha realidad fue el caso de aquel sacerdote que se opuso a las injusticias que los hacendados cometían con sus inquilinos. En ELÍAS LIZANA, *Apuntes para la historia de Guacarhue y Pehahue de Talca*. Santiago 1909, pp. 26 y siguiente.

ejercieron su ministerio durante el período en estudio llegaron incluso a testar, dejando algunas propiedades o simplemente dinero a sus parientes, que habían obtenido por donación o por las actividades desarrolladas al margen de su ministerio<sup>46</sup>.

Cuando la parroquia que servía el párroco era de importancia y las entradas de buen nivel, se requirió de los servicios de uno o más tenientes cura para atender satisfactoriamente a los feligreses. Al momento de contratar un teniente cura éste quedaba supeditado a las órdenes del párroco y no del obispo<sup>47</sup>, al cual se subordinaba tanto en el plano económico como en las funciones que debía desarrollar. Así el párroco se fue convirtiendo en una especie de “patrón” del teniente cura.

Las funciones que debió cumplir bajo las órdenes de su superior inmediato fueron diversas. Un informe parroquial procedente de Curepto hacia 1918, señalaba algunas de las funciones del teniente cura, como por ejemplo: atender las capellanías que la parroquia dispusiere; allí el teniente cura debió atender dos de las tres capellanías, las más alejadas, realizar las confesiones en los campos en forma alternada con su párroco, poner óleo cuando se encontrare en la parroquia y hacer catecismo todos los domingos. A lo anterior, debía sumarse el celebrar misa con las religiosas a las siete y media de la mañana, día por medio, como asimismo socorrer a los enfermos del hospital local; rezar el Rosario todos los días y la exposición del Santísimo, predicar determinados días en las distintas novenas que celebrare la parroquia y efectuar la misa a los difuntos cuando se encontrare en la iglesia<sup>48</sup>.

Sin embargo, estas son sólo algunas de las obligaciones que el teniente cura debió cumplir. La correspondencia nos permitió establecer que el ayudante del párroco cumplió otras funciones de importancia, como por ejemplo, tener al día los libros parroquiales (el de bautismo, matrimonio, defunciones e incluso el de fábrica), binar los días domingos (efectuar dos misas en el día), realizar las confesiones más lejanas, coordinar las actividades parroquiales, como los ejercicios espirituales y en algunos casos ser hasta el portero de la parroquia. Este exceso de trabajo produjo no sólo un agotamiento físico en el teniente cura, sino que también desánimo y un malestar hacia su superior inmediato. Hacia 1903, desde una parroquia cercana a Viña del Mar, escribía un sacerdote al Vicario General expresando su disconformidad como sigue:

*No me he podido acostumbrar en este pueblo y por otra parte no me gusta el Sr. cura. Además es un tanto pesado; impone al teniente la obligación de llevar los libros, los cuales me los entregó atrasados desde noviembre; los domingos hay que binar; y estando el oratorio como a una legua, tiene uno que irse de a pie a gastar de su bolsillo propio; además de los óleos, matrimonios y confesiones en*

46 Ejemplo de ello fue el sacerdote L. R., quien testó con fecha febrero 2 de 1901, dejando dos casas y dinero a la hermana de su ahijado y los hijos de este último, como asimismo, una obra pía y misas en su descanso. El monto total de sus bienes ascendieron a 33 mil pesos. *Archivo de la Secretaría Arzobispal de Santiago de Chile*, leg. 56. N° 128.

47 Ver, *Sínodo Diocesano del Arzobispo Casanova*, 1895. Imprenta y Encuadernación Roma, 1896, libro segundo, título tercero, artículo 473.

48 A. A. S. -I. R. leg. 89. N° 47. Obispado de Talca, Curepto, 13 de agosto de 1918.

*la Iglesia, tiene todas las sacramentaciones de fuera, y todo ese servicio ele a pie, de modo que he tenido que hacer confesiones en que me he demorado casi dos horas andancio... la misa en este tiempo de vacaciones la ha puesto a las diez todos los días, agréguese a esto el tener que servir como de portero... a cada momento que se toca el timbre de la oficina, si es al cura a quien necesitan, si al teniente, o al sacristán, etc.*<sup>49</sup>.

El paso del tiempo fue tornando insostenible las relaciones entre el párroco y su ayudante. El inicial desánimo y malestar llegó a convertirse en una especie de resentimiento y frustración por el fuerte contraste entre lo aprendido y vivido en el Seminario y la triste realidad de las parroquias. Estos resentimientos y frustraciones no sólo fueron ocasionados por una realidad material adversa, sino también por las actitudes de muchos párrocos. Así lo observaremos, por ejemplo, en la siguiente epístola dirigida al Vicario General, donde se expresaba:

*Yo, por mal de mis pecados, estoy purgándolas en esta parroquia de San Luis, los siete meses que llevó aquí han sido los más tristes y sacrificados ele mi vida; solo Dios sabe con cuánta razón trate de sacar el cuerpo antes de venirme, más no pude, él me obligó, digo el Itmo. Sr. Arzobispo.*

*Ud. me dirá, tal vez, recuerde que es deber de todo sacerdote estar dispuesto a soportar todo, (que) esta vida es una verdadera guerra y continuo batallar con las contradicciones del mundo. Sí, señor, lo sé; pero replico a mi vez: nunca creí encontrar en un sacerdote tantas humillaciones, tan poca consideración, tanta poca dignidad, etc... yo que esperaba tener un compañero, un consultor, un modelo al lado del cual pudiera formarme y aprender a imitar sus virtudes... no, no ha sido así, me mira como a un sirviente a quien paga y como un favor, yo creo se imagina está en algún castillo feudal... Tan cierto, es aquello ele que es necesario vivir con la persona para formarse un juicio cabal ele ellas*<sup>50</sup>.

Estos sentimientos se vieron acrecentados por las malas condiciones materiales y económicas que tenía el teniente cura. En ocasiones no tuvo siquiera donde alojarse en la parroquia, debiendo por consiguiente, arrendar alguna pieza por su propia cuenta, lo cual le trajo, no en pocas oportunidades, problemas de índole judicial, que se capitalizaron en embargos de sus bienes por deudas de arriendo.

Cuando las parroquias no poseían la congrua de sustentación que el Estado otorgaba, el sueldo que percibía el teniente cura dependió básicamente de las entradas de la parroquia y de las capellanías que en algún fundo pudiera servir, con la debida autorización de su párroco. Las entradas parroquiales no fueron siempre favorables, ya que existieron períodos en que el párroco debió gastar de su propio dinero, o en su defecto, endeudarse para poder equilibrar los gastos con las entradas de la parroquia. Los Informes Parroquiales dan prueba de ello. Por ejemplo, un informe procedente de la parroquia de San Clemente hacia 1917, indicaba: *La*

49 A. A. S., vol. M-R. fj. 205, Viña del Mar. 17 de febrero de 1903.

50 A. S. A., vol. A-D, fjs. 134-139. Valparaíso, 20 de septiembre de 1896.

*Parroquia de mi cargo ha experimentado considerable disminución en las entradas de fábrica durante los últimos años, de modo que se hace difícil atender a los gastos del culto*<sup>51</sup>, gastos que no sólo correspondían a la cancelación de luz, canto, música y celebraciones importantes, sino que también los servicios del teniente cura y del sacristán. Las cifras señaladas por el párroco de San Clemente confirmaban el descenso brusco de las entradas de fábrica, las que eran hacia 1913 de 1. 458, 62 pesos, y tres años más tarde, solo alcanzaban a 698, 25 pesos anuales<sup>52</sup>.

Al no tener la parroquia una entrada de dinero importante las posibilidades que el párroco tenía de hacerle un sueldo digno al teniente cura eran pocas. Las cifras señaladas por los sacerdotes en algunos casos llegaban a fluctuar entre 80 y 100 pesos mensuales, remuneración bajísima si consideramos la clasificación por niveles hecha en el año 1914 para el pago de aranceles. Según ésta, los sacerdotes quedaban relegados, con esos sueldos, al último nivel de la estructura social.

Su otra vía de captación de dinero fueron las capellanías que servían en alguna casa patronal, pero que a la postre fueron\* de relativa importancia para el teniente cura. La relevancia de éstas radicaba en el monto del dinero dejado por el testador para su servicio, si era elevado, mayor beneficio para su servidor, pero por lo general, las capellanías de mayor rentabilidad fueron atendidas por el párroco y las menores por el teniente cura. Tal realidad llevó a este último a estar atento a cualquier posibilidad de cambio de parroquia, como también, de obtener capellanías más rentables. Por tal razón, no vaciló en exponer al Arzobispo su situación aflictiva y ver la manera de revertirla. En ello utilizó todo tipo de argumentación, especialmente a su familia y las pocas cordiales relaciones con su párroco. Así lo revelan algunos párrafos de una carta enviada desde Curicó hacia 1905, donde el teniente cura indicaba:

*En mi virtud, me dirijo a V. S. para exponerle mi crítica situación y rogarle me ayude, bien proporcionándome otra tendencia dentro o fuera de Santiago, u otra colocación cualquiera que llene mis necesidades, para no encontrarme en la calle; espero de su bondad no me abandone, y me proporcione en que trabajar y ganar lo necesario para el decoro del sacerdote y no verme precisado a buscar una colocación fuera de mi carácter de sacerdote a que me obligaría la necesidad.*

*Continuar aquí, no podría, sería rogar a este Sr. Cura, y eso mi decoro me lo prohíbe, pues ha sido una emboscada de persona. Hipócrita, interesado en que yo me vaya de ésta, soy pobre, pero orgulloso en el honor, busco trabajo, para no denigrarme ni rebajarme a nadie, quiero ganar un pedazo de pan, no mendigar, y eso sería si yo a este cura le rogara me dejara de teniente, primero cualquier cosa, antes de eso...*<sup>53</sup>.

La familia también fue un argumento presentado por el teniente cura para revertir su situación marginal. Fue común que los sacerdotes al hacerse cargo de una parroquia

51 A. A. S. 4. P., leg. 89, N° 47, obispado de Talca, San Clemente, 8 de enero de 1917.

52 *Ibidem*.

53 A. A. S., vol. E-LL. fjs. 85-86, Curicó, 29 de agosto de 1905.

lo hicieran en compañía de su madre o alguna hermana, más aún cuando éste era el mayor de los hijos. Son significativas las cartas donde aparece la madre o la hermana como argumentación para lograr una mejor ocupación o evitar un traslado ordenado por el Arzobispo. Por ejemplo, aquel cura, que ante el eventual cambio de parroquia para desempeñar un cargo distinto al de profesor del Seminario, desde Quilpué indicaba:

*... consideraría por lo tanto, como cosa venida del cielo cualquier ocupación más ventajosa, con la que pudiera atender mejor las necesidades más imperiosas de mis hermanas, que como Ud. sabe, trabajan con tanta amargura, siendo tan jóvenes y desdichadas, y la mayor que nos sirve de madre, se encuentra gravemente enferma, de modo que si yo no puedo proporcionarle oportunamente lo que necesita, esta enfermedad pronto la llevaría al sepulcro*<sup>54</sup>.

Pero es indudable que la familia para el sacerdote significó algo más que un argumento para lograr sus fines. No cabe duda que existió un sentimiento fuerte entre el sacerdote y sus familiares ya que éstos en muchos casos fueron su único refugio y consuelo cuando todo era adverso. Fue en ocasiones tan fuerte esta ligazón con su familia que lo llevaron incluso a desistir de una mejor ocupación, donde las ventajas eran comparativamente mayores, pero su condición de hijo, responsable y comprometido con su familia, pesaron más que sus intereses personales.

Este sentimiento aparece ratificado, por ejemplo, en aquel teniente cura que ante la posibilidad concreta de servir una parroquia de mayor jerarquía, por lo tanto más rentable, como la de Puchuncaví, decidió quedarse en la de Quillota indicando a su Vicario General que:

*Mi familia que es muy hermosa ha quedado huérfana de padre y madre, como su S. lo sabe, y yo que soy el mayor de los hermanos hombres me he visto obligado de ponerme al frente de ella...*

*Una vez que se subsanen estos (inconvenientes), que son para mí, verdaderos males, y que creo, Dios mediante, no estar muy lejana esa época, me pongo a la entera disposición de la Autoridad Eclesiástica...*<sup>55</sup>.

No siempre fueron bien acogidos estos argumentos por las autoridades eclesiásticas, a pesar de los sentimientos que los avalaban, debiendo por consiguiente - al menos por algún tiempo- conformarse con las disposiciones de su prelado.

Esta condición de marginalidad económica no sólo fue momentánea, en algunos casos lo acompañó hasta sus últimos años de vida. El tiempo que sirvió el sacerdote en localidades apartadas y desoladas, teniendo como único medio de transporte su caballo, tuvo importantes repercusiones en su condición física y mental. Las enfermedades que debió enfrentar, producto de su quehacer diario, se reflejaron no solamente en problemas de reumatismo y tuberculosis, sino que también de índole síquica, que pudieron costarle la demencia total. Poder solventar enfermedades de este tipo no fue fácil, más aún, si recordamos las pobres condiciones materiales en que vivió el sacerdote y los escasos sueldos que percibía, debiendo

54 A. A. S., vol. A-D. fjs. 126-127. Quilpué, febrero de 1896.

55 A. A. S., vol. E-LL, fjs. 127-128. Quillota, 5 de septiembre de 1908.

recurrir al auxilio del Arzobispo para costear gastos de medicina, alimentación y estadía en algún lugar de rehabilitación. Este auxilio por parte de las autoridades eclesíásticas no siempre fue el adecuado, debiendo por tanto, el solicitante, reiterar su necesidad en términos dramáticos. Así lo testimonia quien permaneciera por algún tiempo en la Casa de Orates de Santiago.

*La suma tristeza y miseria de mi situación, me obliga a recurrir a la paternal caridad de V. S. I. para solicitar que el Gobierno Eclesiástico me pague la cantidad de mi pensión alimenticia en la Casa de Orates de esta ciudad (Santiago).*

*Agradezco en el alma el auxilio de treinta pesos, que hasta aquí me ha concedido... Circunstancias poderosas impiden ahora al Sr. Mesa continuar dispensándome esta protección, quedando pues Itmo. Señor reducido al penoso estado de tener que estar mezclado con los enfermos del bajo pueblo, lo que es muy desdoloroso para mi espíritu y fatal para mi salud, por las diarias y terribles impresiones que entre ellos voy a padecer...*

*Mi extrema pobreza puesto que no poseo ni aún la congrua sustentación por haber sido ordenado a título de servicio de la Iglesia me impiden pagar el resto de esa pensión, que me libraría de tantas solemnidades, y por eso acudo a la paternal bondad y solicito de V. S. I. a fin de que se digne socorrerme<sup>56</sup>.*

Sin embargo, el paso del tiempo hizo tomar conciencia a las autoridades eclesíásticas de la dramática realidad que enfrentaban los sacerdotes al final de sus vidas. Prueba de ello fue el *Edicto acerca de una obra a favor de los sacerdotes ancianos y desvalidos*<sup>57</sup>. Con fecha 13 de diciembre de 1923, el Arzobispo de Santiago, Crescente Errázuriz, señalaba a la comunidad:

Los sacerdotes que dedican la vida al servicio del pueblo; que noche y día están a sus órdenes y acuden a su llamado, a fin de auxiliarlos en sus necesidades espirituales, suelen ver llegados sus últimos días y hallarse, después de agotadas sus fuerzas en rudo trabajo, sin medios de subsistencia. Ancianos, enfermos, sin recursos, esos hombres... tienen por lo menos, derecho a que los católicos les proporcionen siquiera con que alimentarse en los postreros momentos de su existencia.

Luego del reconocimiento de una realidad dramática, el Arzobispo pasaba a señalar la intención del edicto, cuál era la necesidad de apoyar la formación de una asociación que reuniera fondos para socorrer a estos sacerdotes. Por ello, continuaba indicando que:

*Con el objeto de reunir para ellos los fondos necesarios he hecho que, a sus erogaciones, añadan el sacrificio harto más grande de tender la mano en solicitud de una limosna... Mi voz ha sido escuchada y se ha formado una asociación, cuyo objeto es organizar la colecta de erogaciones con el indicado fin, en toda la arquidiócesis...<sup>58</sup>.*

56 A. A. S., vol. M-R, f. 288 yv: no indica fecha ni lugar de procedencia.

57 BES., tomo N° 22 (1921-1922), pp. 875 y siguientes.

58 Ibid. p. 875.

Esta realidad que hemos venido analizando del teniente cura, representada por un arduo trabajo, pésimas condiciones de vida, salarios bajos y el desamparo por parte de sus superiores en momentos difíciles, explicarían en gran medida las poco cordiales relaciones entre el párroco y su teniente cura. Pero, ¿qué hay tras de todo ello? Creemos que la realidad económica del teniente cura, representada fundamentalmente por las condiciones materiales y las remuneraciones recibidas, pero también hay otro aspecto de gran importancia y que dice relación con el deseo de “figuración”, entendiendo por ello, aquella necesidad humana de sentirse parte importante de la sociedad y que a la vez ésta lo reconozca como tal.

El teniente cura buscó salir de su papel anónimo al que estaba “condenado” por su condición de ayudante. Su “status” social de alguna manera lo golpeaba y resentía interiormente ya que sus posibilidades de figurar eran mínimas. Este sentirse menos que el resto del cuerpo eclesial, fue aún mayor cuando un sacerdote con una vasta experiencia era llamado a servir de teniente, cumpliendo un castigo por “faltas a las buenas costumbres”<sup>59</sup> Quien da testimonio de dicha realidad, es aquel sacerdote que por más de veinte y ocho años fuera cura titular de una parroquia capitalina al describir su estado de ánimo como teniente cura. En una de sus cartas indicaba: *mucho necesito que me ocupen (cambio de ocupación), de teniente cura sufro mucho, no puedo amoldarme a esa vida, sobre todo después de tantos años de cura (párroco). Mis compañeros se han sorprendido (al) ver que vuelvo a ser lo que fue hace 28 años. Luego proseguía el sacerdote interrogándose por la causa de su situación y reparando no solo en su dolor, también en el olvido de sus superiores manifestando: sufro interiormente de un modo horrible. Es muy desconsolador verme olvidado de mis superiores*<sup>60</sup>.

Quien nos clarifica aún más esta necesidad de sentirse una persona importante dentro de la sociedad a la cual sirve y no ser víctima de la marginación social, fue por ejemplo, aquel sacerdote que por largos años sirviera en el departamento de Valparaíso y de quien se tuviera la imagen de conflictivo por una serie de problemas con sus pares y miembros de la comunidad<sup>61</sup>. Acusado de faltar a las buenas costumbres y principalmente de practicar el juego del naípe con fines lucrativos<sup>62</sup>, las acusaciones de que fue víctima tuvieron una pronta

59 La frase *falta a las buenas costumbres* es de uso común por parte de los sacerdotes al momento de explicar su problemática a su superior, sea este Vicario General u Obispo. Entiéndase por dicha expresión aquellos problemas que dicen relación con las visitas frecuentes y en horas indebidas que hacían los sacerdotes a casas de vecinas, los escándalos con personas del sexo femenino en lugares sagrados y públicos, los pleitos con vecinos por disposiciones testamentarias, donde los bienes dejados por el difunto eran celosamente disputados entre los curas y los parientes, y una serie de prácticas económicas con fines de lucro.

60 A. A. S., vol. S-Z, fj. 191, Santiago, 3 de julio de 1910.

61 Corroboran esta imagen del sacerdote su nutrida correspondencia con el Vicario General y el Arzobispo. Ver, A. A. S., vol. A-D, fjs. 37-39-42-44-45-46-47-49-52-56.

62 Dicha práctica aparece descrita principalmente en las siguientes misivas del volumen A-D. Valparaíso, 12 de febrero de 1909, fjs. 47-48. Sin fecha ni lugar de procedencia, fs. 49-51. La Ligua, 12 de enero de 1912, fjs. 52-53. Y Santiago, 24 de julio de 1917, fjs. 56-62.

respuesta en su sostenida correspondencia con el Arzobispo y el Vicario General. Sin embargo, en su última carta con fecha Santiago 24 de julio de 1917, y donde en su anverso resalta el carácter de “particular”, vierte sentimientos íntimos y explica la razón de sus faltas al indicar:

*Como yo lo he manifestado en repetidas ocasiones, aquí sufro las mil y una humillaciones, no sólo depresivas para el hombre sino que también y mucho para el sacerdote; pero todo rencor lo sufro resignado en expiación de mis faltas que sin duda son muchas...*

*Pero jamás me he encontrado reo de una falta grave o que haya dado alguna vez algún grave escándalo, y que se pueda decir de mí que he sido un sacerdote malo... como cruelmente me lo dijo el Sr. Arzobispo... Sin duda que ocasiones para perder mi vocación he tenido muchas pero, gracias a Dios y a mi buena y Santa Madre, que he sabido vencerlas...<sup>63</sup>.*

Respecto a la práctica del juego del naípe con fines de lucro, donde participan otros sacerdotes y las máximas autoridades civiles locales y regionales, el sacerdote en cuestión las justificaba, ya que con ello podía solventar los subidos gastos que le demandaba la cesantía de la vida y alimentar a su madre y tres hermanas<sup>64</sup>. Sin embargo, detrás de todo ello estaba el sentirse marginado socialmente, y lo deja evidenciado en el último párrafo de su carta “particular” señalando que:... de persistir las acusaciones en mi contra debería abandonar mi familia e irme a otra Diócesis donde acabaría mis días de sacerdote pobre, y sin apellido aristocrático<sup>65</sup>.

En resumen, podemos señalar que hacia fines del siglo diecinueve y comienzos del presente, ser teniente cura en localidades rurales de nuestro país no fue nada de fácil. El ayudante del párroco debió soportar no sólo una marginación económica, sino que también social. Económica, porque debió vivir no solamente en condiciones materiales adversas, sino que también porque su sueldo -por lo común insuficiente para satisfacer sus necesidades básicas- dependía de lo que buenamente su párroco le podía asignar. A ello se sumaron las pocas posibilidades de servir una capellanía rentable, ya que éstas quedaron, por lo general, reservadas al párroco. En lo social, no gozó el teniente cura del prestigio que ostentaba su superior inmediato en la comunidad, el cual, se relacionaba con las máximas autoridades públicas y la feligresía de elite. Tal marginación se hizo cada vez más difícil de revertir cuando el sacerdote era pobre (sin bienes personales) y no estaba ligado a la alta sociedad de la época (sin apellido aristocrático).

Pese a todo ello, el teniente cura luchó denodadamente por revertir su situación social y económica. Para ello buscó en dos direcciones. Una, llegar a Santiago o a cualquier otra ciudad importante y servir en las parroquias de mayor jerarquía, que eran las más rentables, aunque fuera de teniente cura. Por ejemplo, llegar a Santiago significaba alcanzar sus dos objetivos. El económico, porque al tener la parroquia mayor población esta tenía mayores entradas mensuales. Al existir la posibilidad de participar en celebraciones de importancia

63 A. A. S., vol. A-D, fjs. 56-62.

64 *Ibidem*.

65 *Ibidem*.

junto a la elite del clero y llegar a predicar en la Catedral Metropolitana, le significaba satisfacer su necesidad social. Esta realidad es claramente perceptible al ver en el Diccionario Biográfico del Clero Secular Chileno de Raymundo Arancibia, como los tenientes curas buscaron aproximarse a las ciudades más importantes de sus respectivos departamentos y del país en general. Su segunda alternativa, no menos sugerente, fue el buscar alguna parroquia vacante o en su defecto, y con el apoyo de los feligreses, crear una viceparroquia donde fuera el titular. Ello no fue nada de fácil; pues, generalmente, contó con la oposición de su párroco.